

TIEMPO DE RECONOCERNOS VULNERABLES.

No es un secreto que ante las circunstancias a las que nos vimos expuestos, las redes sociales jugaron un papel sumamente importante. Es por eso que se ha visto un incremento considerable en su uso durante los últimos meses, no solo como medio recreativo e informativo, sino también, como puente indispensable de conexión entre todos nosotros, se han convertido en un espacio para el duelo colectivo y la solidaridad, generando así nuevos tipos de cercanías esenciales en este confinamiento.

Sin embargo, no todos sus aportes son necesariamente positivos. Gracias a su naturaleza superficial, en donde la espontaneidad y ligereza son altamente recompensadas, estas plataformas están colmadas de desfuegos de opiniones que generalmente parten de la crítica y el planteo de problemas, sin intención de llegar a una solución. Todo esto genera ambientes nocivos basados en el odio, la crítica indiscriminada y permitiendo que la desinformación se propague y florezca -ya sea por las llamadas medias verdades, los títulos cortos pero llamativos y la información convenientemente engañosa, sin mencionar el flujo constante de interacciones que llevan a la divulgación inminente de noticias falsas y rumores varios-. Si bien esto no es nada nuevo, es claro que los temores sobre el coronavirus se han intensificado especialmente en las redes sociales, todo esto gracias nuestra sociedad de consumo que nos incita revisar nuestros perfiles cada vez que tenemos oportunidad, divulgando cada noticia a una velocidad sin precedente, creando un clima de mayor incertidumbre y provocando altos niveles de ansiedad.

Ahora bien, esto no está ni cerca de ser lo más preocupante con respecto a las redes sociales en esta nueva normalidad, sino el porqué de su uso excesivo, acaparando nuestro tiempo, energía y atención, aumentando la notoria incomodidad en presencia del silencio, la soledad o el aburrimiento. Reemplazamos muchas de las actividades que antes formaban parte de nuestro día a día con diversos eventos virtuales, vivimos en busca de validación externa que nos genera satisfacción, y el ruido de lo inmediato que logra evadirnos de lo que ocurre a nuestro alrededor y lo que es peor, aquello que sucede en nuestras mentes. Además, la incesante corriente de información produce que cada vez tomemos menor dimensión de las personas ocultas tras las estadísticas, que en esta pandemia perdieron su vida. Aquello que nos permite unirnos a la distancia, nos separa cada vez más en la cercanía.

Lejos estoy de buscar minimizar el gran aporte social que las redes han generado en los últimos años, siendo el medio ideal para dar a conocer situaciones y experiencias altamente valiosas para todos nosotros, sin mencionar el apoyo entre comunidades que solo se da tan abiertamente en estas plataformas. Pero tampoco es mi intención ignorar que estamos vivenciando un acontecimiento histórico sin precedente, que más allá de lo trágico de los acontecimientos, nos ha otorgado tiempo valioso con nosotros mismos, en donde tuvimos la oportunidad de escabullirnos de nuestras realidades rutinarias, abstraernos de lo cotidiano y convertirlo en momentos profundamente esperados y apreciados, y a pesar de que una vez más nuestro planeta nos recuerda cuan frágiles somos, -no solo como individuos sino también como especie-, no nos hemos tomado el tiempo para reconocernos vulnerables, tomar conciencia de nuestra finitud y sucumbir ante la inevitable incertidumbre. Es en situaciones límites, como las que hoy enfrentamos, en donde es momento de replantearnos nuestra forma de vivir y de relacionarnos, entender que la realidad

trasciende a una pantalla, asimilar la plasticidad de nuestra realidad y ante todo comprender que juntos resonamos vivencias, finalmente todos somos vulnerables.

TEKA.